

Boecio, filósofo medieval

GASTÓN TERÁN

Universidad de Buenos Aires

“El último de los romanos y el primero de los medievales” es la cifra con que usualmente se designa en las historias de la filosofía a Anicio Manlio Severino Boecio.

He de presentar aquí tan sólo algunas consideraciones acerca de su condición de filósofo medieval, bien que sea de alto interés su trágica figura de político romano, por la trama muy sutil de las motivaciones de su alma como cónsul de Teodorico el rey ostrogodo; los cultores de filosofía política habrán de descubrir en el Boecio romano una mina para configurar al estadista de épocas de transición.

Lo que se intenta, pues, señalar, es la formalidad medieval de Boecio mediante algunas precisiones que buscan situarse en su nivel filosófico.

1. Los más que se han ocupado de Boecio hablan de sus méritos de traductor y comentador, de haber recogido la herencia filosófica y cultural griega, Aristóteles a la cabeza y sus discípulos inmediatos y mediatos, como así de Platón, los neoplatónicos y los estoicos, habiendo por todo esto prestado un servicio inapreciable al pensamiento occidental en trance de naufragio. Suelen añadir la fortuna de algunas de sus definiciones y la circunstancia muy casual de que por su traducción de la *Isagoge* de Porfirio haya dado pie al problema de los universales; finalmente mencionan su *Consolación de la Filosofía* como una de las obras de eco sostenido en la Edad Media al extremo de contarse cuatrocientos manuscritos de ella. Mas, en el fondo, tras las palabras con que a ésta elogian, delátase que su influjo habría sido señaladamente literario, pues que se busca exhibir la endeble unidad de su pensamiento en la utilización de las fuentes múltiples e incompatibles de que había echado mano. Nada menos que Clemente Beaumker llega a decir que “del punto de vista del

contenido de su saber es preponderantemente un compilador, no un investigador independiente"¹.

2. De Wulf, en cambio, con su habitual sagacidad en las cosas medievales ha dado pasos decisivos en la tarea valorativa de Boecio, sacando de las monografías dedicadas a nuestro autor, Rand, Klingner, Stewart, Cooper, Patch, etc., las bases para concluir que, a diferencia de San Isidoro, Beda el venerable, Casiodoro o Alcuino, la preocupación filosófica está en primer plano en Boecio. Nos remitimos al mismo De Wulf donde señala los aportes de Boecio en dialéctica, psicología y metafísica, que dan plena confirmación a su juicio, que al pronto puede parecer excesivo, de aparejarlo con San Agustín como los dos grandes educadores de la alta Edad Media. (V. *Histoire de la phil. médiévale*, 6^a ed., I, 264 y stes).

No se limita Boecio, en efecto, a una tarea simplemente receptiva del material tan vario y disperso de la filosofía griega y romana. Su potencialidad filosófica se desprende de haber prácticamente revivido los problemas lógicos y metafísicos con fragmentos de la obra aristotélica, ya que falta todavía despejar totalmente la incógnita de si había traducido y comentado el *Organon* más allá del *Peri hermeneias* y parece no haber tenido sino noticias indirectas de la *Física y Metafísica* del Estagirita². Lo expresado sería prueba del vigor filosófico de Boecio, a la vez que de la fidelidad y adecuación a la realidad inherentes al sistema aristotélico.

Una circunstancia esgrimida comúnmente para rebajarlo a la condición de secuaz sin mayor vuelo de Aristóteles, de mero dialéctico, a mi modo de ver echa luces más bien acerca de la fecundidad de su filosofar, en la que apunta una intención tal vez conexas o que pudo venirle de sus vivencias de estadista.

Me refiero a su preocupación e insistencia en traducir la obra lógica de aquél y volver a ella con sus copiosos comentarios dobles, donde hace gala de una dialéctica inexorable. Nótese que en sus opúsculos teológicos extiende a las verdades reveladas el tratamiento y reducción al orden racional. ¿Qué otra cosa puede denotar sino que

¹ *La filosofía europea del medioevo*, ed. ital., 1945/50. Cf. THONNARD, *Histoire de la Philosophie*, ed. 1946, 274.

² Cf. BRÉHIER, *Historia de la filosofía*, ed. arg. I, 495, al paso que DE WULF, *op. cit.* 112, opta por remitirse a la publicación de la edición crítica del *corpus boeciano*, haciéndose cargo de que según la *Littera Boetii* había llegado a traducir el *Organon* completo y tenía versiones del *De Anima*, la *Física* y la *Metafísica*.

Boecio vió agudamente que el método más efectivo y acaso único de que siguiera existiendo la filosofía y, más aún, de la posibilidad de convivir intelectualmente, habida cuenta del mundo cultural del siglo vi, era el de infundir y remachar los principios conductores al conocimiento de lo real, limpiando las inteligencias y disciplinándolas? En el *De Trinitate*, por ejemplo, hay un párrafo a Simaco, a quien Boecio dedica el opúsculo, que da el hilo de la situación intelectual, cuando dice: "He debido hacerme de un estilo conciso y de vocablos nuevos comprensibles a vosotros, sin preocuparme de los que no pueden alcanzar mis especulaciones y que, incluso, son indignos de leerlas".

Su primera tarea fué su intento de trasladar al latín el aparato conceptual de la filosofía griega.

Pudo entonces iniciar su obra de filósofo. Emerge, en efecto, el filósofo en sus comentarios a los libros de Aristóteles y a la *Isagoge* de Porfirio, en sus tratados originales y, de importancia no menor, en las definiciones que hubo de acuñar, de la *persona*, de la *eternidad*, de la *beatitud*, de la *providencia*, que no pueden ser sino el fruto de quien ha llegado a dominar la especulación metafísica.

Un ejemplo instructivo de la capacidad suscitadora de Boecio que suele citarse como fortuito, fué el planteo del problema de los universales, de tan formidable retumbo en la Edad Media. Para dar su sentido al papel de Boecio hay que retener que, a más de la versión latina de la *Isagoge*, tiene dos comentarios donde define los términos de la cuestión que había quedado simplemente anudada en la *Introducción* porfiriana, dando el fondo de la solución verdadera que escapó a la comprensión de las escuelas realista extrema y nominalista.

Otra muestra valiosa de la profundidad de su pensamiento está en que mediante su precisión de que la creatura es un ser por participación, un ser compuesto, se llega forzosamente a la distinción real de esencia y existencia, según lo puntualizado por Manser en *La esencia del tomismo*, edic. esp. 561. Cabe así señalar que, en este caso, más todavía que en el anterior, Boecio ha puesto en descubierto los elementos resolutivos de una investigación central de metafísica. No en balde Santo Tomás le dedica dos profundos comentarios a los opúsculos *De Trinitate* y *De Hebdomadibus*.

Un tercer ejemplo en este orden de ideas es el haber llegado a distinguir con tanta pulcritud los dominios de la filosofía y la teo-

logía, conquista doctrinaria que sin embargo no fué aprovechada en los albores de la Edad Media y que lo sería recién cuatro siglos después.

No creo necesario abundar más, dentro de los límites de una comunicación como la presente, para calificar a Boecio de filósofo situándolo en el ámbito medieval, aunque cronológicamente no lo fuera, pues que la circulación de sus planteos y análisis junto a la fertilidad conexas a los mismos operóse a lo largo del citado período.

No puede desglosarse en Boecio el cristiano del filósofo, por donde el interés de estudiar el hombre y su filosofía, ya que ha de ser de los primeros, si no el primero, en que el filósofo cristiano se haya dado de modo tan pleno¹. No hago reserva de San Agustín porque en éste el filósofo parece, en cierta manera, absorbido por el teólogo.

Dejo dicho, por tanto, que veo en Boecio realizado el tipo del primer filósofo cristiano y mi conclusión no tiene otro alcance.

¹ La moderna crítica, a partir del *Anecdota Holderiano* editado por Usener, que atribuye inequívocamente a Boecio los opúsculos teológicos, ha despejado el problema de su catolicismo.